



SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

JACINTO CARMIN

La peluca improvisada

CLEMENTE DE CASTRO

Honor á la firma.

FERNANDO AMADO

Una conquista.

LUIS DE OSSA

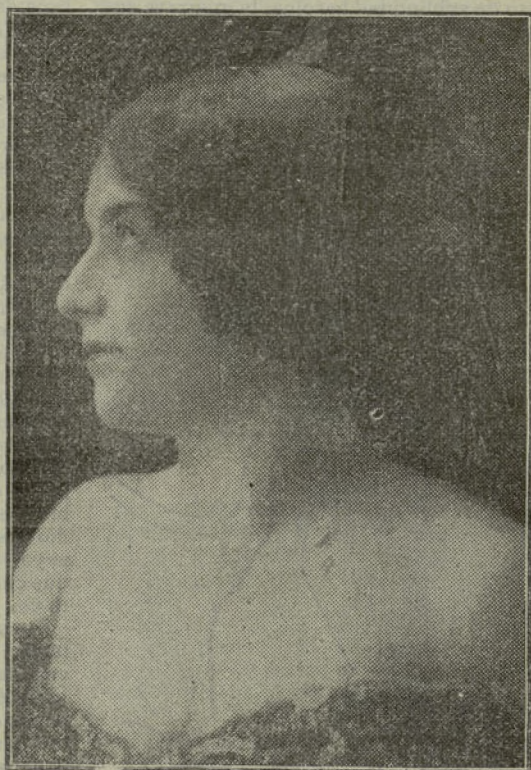
Las hojas secas.

EUSEBIO BLASCO

La declaración.

TOVAR, CYRANO Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
MARY L'ECLAIR



5 cénts.

MARY L'ECLAIR

Bella cancionista española del Teatro Romea



MUCHO más que la abnegación de los jóvenes turcos defendiendo con los dientes la conservación de Andriópolis, é infinitamente más que la obcecación de los jóvenes mauristas protegiendo con los pies la conservación del fiambre de la conservaduría, admiro yo, como acto de sublimidad heroica, la guerrera actitud de esas sufragistas inglesas reclamando bravamente su derecho de ciudadanía. Todos los días, los corresponsales nos dan cuenta de sus fieras acometidas apelando á toda clase de procedimientos para lograr que se les permita manosear la cosa pública, que en Inglaterra, como en

las demás naciones, es una cosa que agi-tándola con arte da mucho de sí.

Los pobres políticos ingleses están sin saber qué hacerse. No ya los sesudos representantes de la Cámara de los Lores, que el que más y el que menos tiene la edad de siete *lores*, sino los jóvenes miembros de la de los Pares, que á pesar de que deben de tener su par correspondiente, no se atreven á tenérselas tiesas delante de aquellas esforzadas adalides del sufragio para las mujeres, que un día abofetean á un ministro, otro se tiran á un subsecretario para arrancarle las barbas y así sucesivamente, está produciendo constantes alteraciones, capaces de sacar de quicio al más flemático de los hijos de la rubia Albion, á los que no hay que confundir con los hijos de «la rubia de los brillantes», que es una jamona de bastante buen ver todavía.

Su última diablura ha sido la escandale-
ra que le han metido á Asquith, que es el presidente del gobierno británico. El hombre discursaba en un teatro de Dundee, y de pronto, y sin saber de *dundee* le venía, le armaron una bronca tan fenomenal pidiendo que se les conceda el voto, que á punto estuvo de morir á arañazos el pobre Asquith, sino le *asquith-an* de enmedio los policías, que también llevaron lo suyo, porque esas sufragistas son de las que cuando llega el caso se remangan hasta con las autoridades.

Pues yo, á pesar de la violencia del sistema, no puedo por menos de aplaudir la virilidad de esas damas de pelo en pecho, y no es que yo les haya visto este detalle privado; pero tratándose de una mujer, ¡es tan atrayente eso del pelo en el pechol (siempre, naturalmente, que no pase de uno y en buen sitio.)

Y tal es el entusiasmo de que me hallo poseído, que hace tiempo bulle en mi má-gin una idea verdaderamente magnífica, y perdonen ustedes que por una vez me sienta grande como *El duende de la Colegiata*.



—Oiga usted negra: ¿es esa la sardina que va usted á enterrar?



—Si me gustan ustedes los de Caballería, es por lo bonito que resultan los pantalones.

—Pues, señora, no puedo hacer más que poner los míos á los pies de usted.

¿Por qué las mujeres españolas no han de hacer la misma campaña que las inglesas? ¿Por qué no ha de haber aquí sufragistas que reclamen el derecho electoral para poder ser diputadas, senadoras y concejelas? Seguramente habrá muchas que piensen así, y desde este momento yo me comprometo solemnemente á cooperar á su obra, poniendo á su disposición todo lo que tengo, que no es una cosa extraordinaria, pero, vamos, modestia á parte, creo que es lo bastante para empezar el movimiento.

Puestas de acuerdo constituirán una fuerza avasalladora. No habrá quien se niegue á que consigan el ejercicio de un derecho tan sagrado como el de poder exponer su pensamiento lo mismo que lo hacen los hombres. Al mismo Romanos le encantaría que un grupo parlamentario femenino le hiciese andar derecho.

Claro que aquí están todavía sin desterrar los amaños y que tendrían que andar con mucho cuidado, sobre todo al comienzo, para que algún sinvergüenza no les metiese el embuchado, sin que ellas se dieran cuenta, pero todo es cuestión de tener mucho ojo y no echarse en brazos de esa gente maleante de la política.

Por lo pronto, y como el voto es ahora obligatorio, tendrían los sufragios de mu-

chísimos electores que ahora van de muy mala gana á las urnas y dejan su papeleta en blanco porque no quieren contribuir á encumbrar á tanto ilustre desconocido como ahora se presenta á los cargos de elección popular.

Claro es que serían derrotadas si presentasen como candidatas á señoras antidiluvianas, de esas que usan lentes y escriben poesías bucólicas. Pero que tengan buena mano y designen mujeres de trapio, de esas que atortolan de hermosas y á las que daría uno el voto y un mordisquito en la candidatura, y ya verán los incrédulos si hay cola á la puerta de los Colegios.

Nada, amadas lectoras mías, hay que decidirse. Desde hoy queda abierto el censo de inscripción. Unicas condiciones: ser bonita, estar metidita en carnes y tener más de dieciocho y menos de cuarenta y cinco.

¡Yo las empujaré á ustedes!

Un pequeño reporter.



—¡Vamos, mujer, no digas que son caros! ¡No ves que esto paga consumos y cuesta mucho su introducción!

LA PELUCA IMPROVISADA

QUIERE usted venir con nosotros mañana?—me preguntó Laura, la encantadora Laura, una amiga mía (y de ustedes si tienen empeño en que yo se la presente).

—¿A dónde?—le pregunté antes de contestar.

—A mi hotelito de Villalba. Quiero darle un vistazo á aquello, para dejarlo en disposición de poder instalarme como todos

—Con mucho gusto.

—En ese caso será usted de la partida.

—¡Oh! ¿Pero no vamos solos?

—No, señor; he invitado á varios amigos más; pasaremos allí el día para regresar á Madrid en el último tren, y éste será una especie de anticipo del hospedaje que ofreceré á todos mis conocimientos de la Corte siempre que quieran ir á verme durante los meses calurosos del estío.

—Pues acepto.

PRIMER VIERNES DE CUARESMA



—¡Mia tú que obligarme á comer de *veglia* con lo mal que me sienta la merluza!

los veranos. No he parecido por allí durante todo el invierno y quiero ver cómo están las habitaciones y qué es lo que necesito reponer. Con este motivo pasaremos un día delicioso.

—Yendo con usted se pasa divinamente el día, no digo ya en Villalba, sino en Pekín.

—Déjese usted de floreos y dígame si acepta la invitación.

Y al día siguiente salíamos muy de mañana todos los invitados, embarcando en la estación del Norte y ocupando todos el mismo vagón de primera clase. Laura es una mujer amabilísima, encantadora; su amabilidad hace que uno olvide ciertas tachas que se le podrían poner.

Por ejemplo: la procedencia de aquel hotelito en Villalba.

Se sabe que no lo ha heredado precisamente: pero la escritura está á nombre suyo, aunque consta que en el momento de otorgarla fué un senador del reino el que puso los cuatro mil duros que valía encima de la mesa del notario.

Pero esto es *peccata minuta*; sobre todo para un hombre como yo, que tiene la manga bastante ancha y que acepta todos los convencionalismos de la vida.

En el vagón íbamos seis personas: Laura, monísima con su traje de campo, otra amiga suya con su *Don Cuyo*, como dice Montemar, dos chicos aristócratas, cuyos títulos no hay para qué citar, un servidor de ustedes y el senador del reino á que me refería antes.

Este señor, á pesar de la respetabilidad de su cargo, es hombre de sociedad y su trato resulta tan ameno y tan atrayente como si en realidad no fuese senador.

Su respetabilidad se manifiesta únicamente por la calva grandísima que le coge casi toda la cabeza: una calva espléndida, reluciente, limpisima, de piel tan tersa como si nunca hubiese tenido un solo cabello... Es de esas cabezas que llaman la atención.

Cuando llegamos al hotelito de Laura, los criados tenían ya dispuesto el almuerzo.

Reinó durante éste la mayor expansión y establecióse entre todos los reunidos esa agradable intimidad que da el campo, donde huelgan las fórmulas etiqueteras. El



Reflexionando.—¿Me pondrá piso como lo hicieron, sucesivamente, su padre y su hermano?

café lo tomamos en el jardín. Laura comenzó á recorrerlo de un extremo á otro, fijándose detenidamente en las plantas, en los árboles, en el juego de agua que formaba arroyos y surtidores.

De pronto, gritó con alegría, mirando hacia la copa de un árbol:

—¿No es aquello un nido? ¡Que traigan una escalera! Quiero subir yo misma á verlo.

Uno de los jóvenes aristócratas trajo la escalera y la apoyó en el tronco; pero se apoyaba tan difícilmente, que Laura, antes de subir, exclamó dirigiéndose al senador de la inmensa calva:

—Don Rosendo, haga usted el favor de sostenerme la escalera.

—Con mucho gusto, hija mía.

Y Laura comenzó á subir.

Cuando estaba á punto de llegar á arriba del todo, colocó mal el pie en uno de los peldaños de la escalera, y...

Don Rosendo recibió sobre la calva todo el cuerpo de Laura, pero de tal modo, que costó Dios y ayuda sacarlo de entre las ropas de nuestra amiga.

El pobre hombre estaba desvanecido.

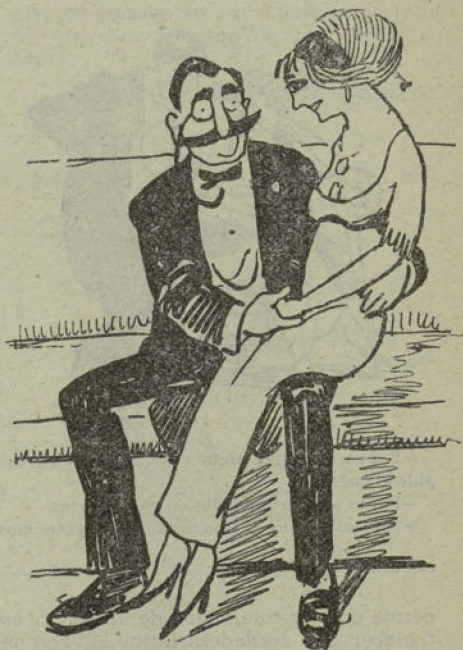
Pero después de un rato de prodigarle

los más asiduos cuidados, tornó en sí, devolviéndonos la tranquilidad á todos.

Al mismo tiempo me decía al oído la amiga de Laura:

—¡Pobre don Rosendo! Es la primera vez que se ha visto con peluca...

Jacinto Carmin



Ella.—No te hagas ilusiones, porque, á pesar de esta intimidad momentánea, no acabas de enterarme.

El.—¡Ah! ¡ya sabré yo tocarte el registro!

Lea usted el martes

en EL LIBRO POPULAR

Del abismo, al amor

Novela de

BENIGNO VARELA

20 céntimos

HONOR A LA FIRMA

No se puede hacer vida íntima con nadie.

Yo estoy harto de partir la bolsa y el hogar con todos los compañeros que me ha deparado la suerte.

Y la aventura acaba siempre con un engaño que unas veces es mayor, otras menor, pero siempre doloroso.

Ese granuja de Alfredo ha venido á ha-



—Bueno, ya estás en tu casa: y ahora ¿qué te pide el cuerpo?

—Por lo pronto un billete de cien pesetas.

—¡Caramba! ¿qué gustos tan diferentes tenemos!

cerme desistir totalmente de la idea de establecer una verdadera intimidad con nadie en todo lo que me resta de vida.

Porque ¡cuidado si la cosa tiene pelen-dengues!

Hice que le pusieran una cama en la misma alcoba mía y salí fiador de él ante la patrona, que es una fiera cada día primero de mes.

Tuve que abonar dos mensualidades seguidas porque Alfredo se gastaba libremente todo lo que percibía por su trabajo sin que á la casa llegasen ni dos pesetas de él.

Pero esto es gloria al lado de lo último que con él me ha ocurrido.

El sabía que yo andaba loco detrás de

una mujer que vale todo lo que ella pida y un poco más de propina.

Llevaba yo varios meses empeñado en la conquista aquella y veía próximo el momento de dar el asalto definitivo á una fortaleza que parecía inexpugnable.

La brecha estaba iniciada y por ella había de comenzar el ataque.

El lo sabía, puesto que era mi confidente y cada día le daba cuenta de los progresos de mi campaña.

Una noche le dije:

—He triunfado en toda la línea.

—¿Ya?

—Ya, Conseguí lo que anhelaba y he aquí la prueba de ello.

Diciendo y haciendo le leía la carta siguiente:

«Su tesón y su constancia le han hecho acreedor á mis simpatías. Supongo que esto no lo sabrá nadie más que el íntimo amigo que le acompaña á usted siempre á todas partes y para quien no tendrá usted secreto ninguno. Me es simpático también por eso mismo, y no me importa que lo sepa. Esta carta mía será su salvo-conducto para llegar hasta mí. Presentándosela á mi doncella llegará usted hasta el rincón de mi gabinete reservado para todo el mundo.»

—¿Qué tal?

—¡Magnífico, chico! De todas tus conquistas, esta es la que te coloca á una envidiable altura en clase de Tenorio. Y ¿cuándo vas á ir?

—Yo juzgo lo más prudente ir mañana por la tarde.

—No me parece mal.

Nos acostamos, y entregado á la dulce ilusión de una perspectiva deliciosa, dormí sobre aquella cama de casa de huéspedes más blandamente que si hubiese estado relleno de plumas el mísero colchón que me soportaba.

Lo que ocurrió mientras yo dormía no pude saberlo hasta después.

Pero es el caso que el granuja de Alfredo supo aprovechar mi sueño divinamente.

Enterado del contenido de la carta, aprovechó los instantes en que yo roncaba como un bendito y me sustrajo la carta aquella, que era el pase para entrar en el paraíso de unos amores espléndidos y codiciados

LAS GOLOSAS



—¿Cuántos le echo?

—No tengo bastante con menos de tres.

por cuantos conocían á la Eva de mis preocupaciones.

Cuando me levanté, Alfredo no estaba allí.

Busqué la carta en mis bolsillos y no pude encontrarla.

¿Cómo presentarme sin ella allí donde me esperaban?

Mi desesperación no tuvo límites y en un tris estuvo que no me tirara de cabeza por el balcón al ver la impotencia en que me encontraba.

Quise también buscar á Alfredo y ahogarle en mis brazos... Pero recapacité un instante y pensé que indudablemente era otra la solución.

La teoría de los hechos consumados me hacían pensar que era ya imposible conseguir que lo *ocurrido* dejase de ocurrir.

Aguardé la noche tranquilamente, y cuando Alfredo dormía junto á mí con la placidez del hombre que ha satisfecho una pasión con creces, levantéme á oscuras, busqué entre sus ropas y le sustraje la con-sabida carta.

Con la agravante de que al propio tiempo me llevé su cartera con veinte duros.

¡Veinte duros que había cobrado aquella misma noche de un editor suyo al que le había vendido doce artículos para un tomo de á 50 céntimos!

¡Oh! ¡La venganza es el placer de los dioses!

Al día siguiente me decía ella:

—Lo único que te ruego es que rompas la carta. Porque si os la dejáis robar por otro cualquiera no voy á tener más remedio que estar siempre *haciendo honor á la firma*.

Clemente de Castro.

EN EL DE BELLAS ARTES



La turca.—¡Amiguito, que profundiza usted demasiado!

Ramírez.—Hazte cuenta que soy un búlgaro y te estoy estrechando el cerco.

La turca.—Sí, pero se está usted colando en la zona neutral.

UNA CONQUISTA

ALFONSO N. se paseaba por los jardinitillos de Recoletos, y como toda persona de buen gusto, se aburría horriblemente. Le molestaba la sociedad que sus amigos forman en la *terrace* de Fornos; le molestaba la soledad; el ritmo llamativo con que las *elegantes* casaderas,



—No crean ustedes que me he distraído de diablo sin que lo sepa mi marido. ¡Como que él me ha puesto los cuernos y todo!

incasables ó mal casadas, parecían querer atraer también la curiosidad de sus ojos distraídos; le fastidiaban también los grupos que los enamorados formaban al pie de los árboles, bajo la penumbra protectora del pecado y entre dos viejas dormidas. Pero como era preciso hacer alguna tontería, Alfonso N. eligió la suya, y se instaló lo más cómodamente que pudo en una de esas clásicas y ventiladas expendedurias de agua, azucarillos y aguardiente, paraíso de los que veraneamos en Madrid.

Una camarera linda y fresca como un clavel recién cortado, acudió á servirle.

- ¿Qué va usted á tomar?
- Un helado.
- ¿Quiera usted barquillo?
- No.
- ¿Y conversación?
- ¡Ampoco.

Esta desabrida respuesta explica que Alfonsito N. estuviese solo cuando llegaron cogidos del brazo un hombre y una mujer. Iban bien vestidos; un perrillo chiquitín les acompañaba.

Ella (naturalmente) era guapa, elegante, apetecible; y él (naturalmente también) era feo, repulsivo, antipático y mal nivelado de hombros. Sencillamente, procediendo como seres perfectamente equilibrados, se sentaron junto á un veladorcillo inmediato á la mesa que N. ocupaba. De pronto el perrillo corrió hacia donde estaba Alfonso y comenzó á lamerle las botas y á dar muestras de grandísimo contento.

Pasó medio minuto.

Palidez intensísima había cubierto el semblante del desconocido caballero dueño del can; y era aquella expresión, simultánea, tan angustiosa, ansiosa y colérica, que Alfonso, mientras acariciaba al perro maquinalmente, no sabía apartar los ojos de su amo. En pocos segundos la cara del hombre antipático fué pasando por las tonalidades de color más distintos; siendo, sucesivamente, amarilla, verde anaranjada, roja...

Al llegar al color violeta, el temible desconocido se levantó ágilmente, como un tigre que salta, y se abalanzó sobre Alfonsito N. poniéndole debajo de las narices sus dos puños crispados.

—¡Miserable!

—¿Yo?

—¡Sí, señor; miserable otra vez, y veinte y ciento!

N. no supo qué responder viendo aquel energúmeno que parecía estar viendo visiones.

—¡Sí, señor—prosiguió el desconocido, —lo sé todo! Usted es el amante de mi mujer.

—¡Yo!

—Usted; acaba de decírmelo el perro con esas muestras de cariño que sólo tendría con un íntimo de la casa.

La señora simpática se tapaba el lindo rostro con el pañuelo; su marido continuó:

—Además, el perro, como yo, ha reco-

DEL DOMINGO PASADO



—A este pelmazo le voy á dar con el higo en las narices.

nocido el pantalón color café con leche claro que usted lleva: ¡es el mismo pantalón que se dejó usted olvidado en mi casa hace cuatro noches! Lo reconocería entre mil.

¡Aquello era demasiado! Decirle á N. que no eran suyos... ó poco menos, unos pantalones por los que había pagado ochenta pesetas... Así fué que Alfonso, perdiendo la poca paciencia que le quedaba, enarboló el brazo y ¡pum! de un solo golpe dió con su enemigo en el suelo patas arriba. El enfurecido esposo se levantó con la cara llena de tierra y de cólera, pero N. repitió el boleo... Después intervino la gente, llegaron los del orden y no pasó más...

A la mañana siguiente, muy temprano, Alfonsito recibió la visita de la interesante desconocida, esposa del caballero abofeteado. Hablaron largo rato.

—Total: ¿qué quiere de mí?—preguntó N.

—Nada; que me gustas y me vengo á vivir contigo.

Y así están, mientras se arregla eso de si viene ó no la República á España.

Fernando Amado.

A TAPARSE TOCAN

ESTAMOS enojadísimos con la Junta directiva, Consejo superior, Comité ejecutivo, ó como se llame la cabeza visible de la «Cruzada de la modestia cristiana.» Ha mandado á *El Siglo Futuro* una curiosísima información de sus planes y proyectos, y á LA HOJA DE PARRA, órgano incondicional de las señoras, no le ha dicho absolutamente nada. Si supiera el alcance y la prepotencia de nuestro órgano, seguramente que se hubiese apresurado á enseñarnos todos sus secretos, cuyas primicias han entregado candorosamente al diario de referencia.

Ha de saber de ahora para en lo sucesivo, que LA HOJA DE PARRA, ¡en buena hora lo diga!, es el periódico que el sexo femenino lee con deleite, ¡la mar de deleite!, y como sus noticias (las de la Cruzada) interesan de un modo esencialísimo al referido sexo, de ahí que fieles servidores de nuestras constantes favorecedoras, las hagamos públicas, sin tomar en cuenta el olvido, y por aquello de ¡qué queremos nosotros más que darles gusto!

¿Qué es la Cruzada?—preguntan ustedes.



—...y luego, vuelta á empezar.»

Pues van á saberlo de la propia teta, ó lo que es lo mismo, de *El Siglo Futuro*.

«Una de las mayores y más perniciosas plagas que crudelísimamente azotan la des-cristianizada sociedad moderna es el *lujo*; y no ya la ostentación costosísima en los vestidos, joyas y otros adornos, sino también la inmodestia y aun inverecundia con que el traje sirve á la sensualidad refinada,

LOS MONARQUICOS PORTUGUESES



—Qué le parece á usted el ruido tan enorme que ha causado D. Manuel con una judía.

—Hombre, con una sola no puede ser muy grande el ruido.

con agravio á la moral y daño, á veces irreparable, de la economía doméstica.»

Verecundia, da *la enjundia*,
según dice doña Abundia.
¡Verecundia! ¡Verecundia!

Y á propio intento quitamos el *in*, porque con esta sílaba previa del colega neo, y conforme á lo dispuesto por el Diccionario de la lengua, inverecundia es tanto como decir poca vergüenza, y hasta ahí no podemos llegar nosotros por una fútesa tan baladí como esa del traje femenino.

Pero déjenos ustedes cortar y pegar otro párrafo que sigue al anterior y que completa totalmente el pensamiento de la «Cruzada.»

«Las almas y hasta la salud corporal, la paz del hogar y las buenas costumbres, perecen miserablemente en esta ciénaga del lujo corruptor y ruinoso que sirve de alimento á malos deseos, consume la hacienda, infierne á las familias y conduce á la sociedad á una tremenda y temerosa catástrofe, de la que pueden ser ejemplo en la Historia Pentápolis nefanda y Roma pagana.»

¡Anda la Pentápolis!

¡Si supiesen las lectoras del colega las cosas que hacían en Pentápolis! Y todo completamente *de gratis*, porque siquiera Roma era pagana, ¡pero Pentápolis!, ni linda perra.

Todo eso quiere decir, traducido al canto llano, que esa Liga va contra las otras ligas, las de pompón y lazo cupidinesco.

Nada de faldas *entravé* ni de medias de gasa, ni de descotes sin fin, ni de ceñiduras de morbideces; todo anchito y larguito. El que quiera ver que se compre lentes de aumento.

Lo de largo, bien está; por eso no somos nosotros los que habremos de apurarnos; pero en lo que no estamos de acuerdo es en lo de ancho. Precisamente el sibirismo de la perfección está en que «cuanta más angostura, más dulzura.» En todo lo demás no nos asustan las anchuras.

Que «el traje sirve á la sensualidad refinada» es indiscutible, porque nosotros creemos que para eso sirve mucho más la falta de traje; y en cuanto á lo «con agravio á la moral y daño, á veces irreparable, de la economía doméstica», francamente, no lo entendemos.

Como no sea que quiera referirse al fondo de reservas del cabeza de familia.

El cual, á la vista de esos aperitivos, se le va la cabeza, y gota á gota, agota sin darse cuenta toda la economía doméstica.
¡Y eso sí que ya lo hemos entendido!

Lea usted el martes

en EL LIBRO POPULAR

Del abismo, al amor

Novela de

BENIGNO VARELA

LAS HOJAS SECAS

A NOCHE, desde el dormitorio en que vivo (dormitorio frío y angosto como celda de fraile trapense), he vuelto á oír la canción de las hojas...

Pasó el verano; la inmensa bóveda azul del cielo acaba de cubrirse de nubes grises; el sol palidece; en los campos húmedos el crepúsculo hila su gasa impalpable de neblinas; el otoño agota sobre las copas de los árboles el amarillo de su paleta, y los paisajes tienen una alegría extraña, contrahecha, fúnebre como la última son-



—Nada, hija, que le hablé de ti y le pregunté que si estaba dispuesto á pasar unas horas con Venus.

—¿Y qué te contestó?

—Que llevaba varios meses con Mercurio.

risa de los moribundos resignados que se despiden...

—¡Pobres hojas secas!

Pensando en vosotras viene á mi memoria un recuerdo trivial, infantil, ridículo, si se quiere, que me ha preocupado muchas veces. Viajando en ferrocarril me ha ocurrido abrir la ventanilla y lanzar por ella un trozo de pan, una botella vacía ó cualquier otro objeto inútil, é inmediatamente, y sobre todo, si era de noche, y recibí en pleno rostro la bofetada del aire frío que el tren recoge en su carrera, me ha asaltado la idea del oscuro destino de aquellos objetos que mi mano cruel había arrojado fuera del vagón. Los cuerpos que la general creencia considera inanimados, ¿son realmente inconscientes, ó tienen un sentido íntimo extraño, un espíritu misterioso que les advierte de lo que son y del sitio en que están colocados?... Y si esto último

es cierto, cuántas maldiciones no arrojarán sobre mí aquellos pobres cuerpos inmóviles que dejé abandonados al borde del camino. Me veo echado en el blando asiento del vagón, sobre cuyas paredes acolchonadas, la luz, encerrada en un globo de cristal, parpadea;... y comparo el bienestar que me rodea y la animosa ilusión de llegar pronto al término de mi viaje, con la soledad muda y fría que cae sobre los campos después que pasa el tren...

Una sensación análoga á ésta produce en mí la canción de las hojas, ¡pobres hojas secas!... Las veo empujadas brutalmente por el viento, rodando á lo largo de los caminos, de los caminos sin término, perdidos bajo la extensión inacabable y amenazadora de los cielos sin luna. El otoño paraliza en los tallos los movimientos de la savia; los ruiseñores, enfermos de tristeza, enmudecieron; el cierzo sacude

UN VIEJO PARLANCHIN



—¡Mira el abuelo! ¡Métase usted la lengua donde le quepal

las ramas escuetas de los árboles; á través de la campiña árida las hojas ruedan, ruedan... ¡Pobres hojas secas!...

¿Te acuerdas? ¡Hace ya tantos años!...

Entonces la supina pobreza que ambos padecíamos nos había hermanado. Tú estabas enferma; fueron aquellos días otoñales muy duros, muy tristes... El viento gemebundeaba en el cañón de la chimenea, la lluvia azotaba los cristales; abajo, en la



—La verdad es que con este disfraz no estoy en carácter, porque en vez de *niña de corto*, he debido disfrazarme de *niña de pecho*.

calle, resonaba la interminable canción melancólica de las hojas, de las pobres hojas secas que ruedan...

Y tú me preguntaste:

—¿Qué dicen?...

Y yo no supe qué contestar; responde tú misma ahora, ingrata, tú que te fuiste...

La llegada de los fríos otoñales provoca la aparición de los primeros gabanes, de los cuellos de pieles, de las *boas*, de las elegantes boas de plumas que parecen ceñir con un rizo de espuma el cuello de las mujeres.

¡Y qué bonitas van!... Con sus sombreros

adornados de grandes plumas, sus trajes negros, sus zapatitos de charol que hieren las aceras con picante taconeó; caminan de prisa, recogiendo las faldas, burlándose, desde el apogeo de su fecunda juventud, del cielo gris, que anuncia la muerte.

Ninguna piensa en las tristezas del otoño, ni en las melancólicas tardes sin crepúsculo, tardes en que el espíritu parece querer salirse del cuerpo en busca de luz y de colores alegres y vivos que impresionen fuertemente.

¡Bah!... En estas dulces noches de invierno, amigas de la pereza, del vino y del amor, ¿quién recuerda la canción de las hojas?...

Luis de Ossa.

QUIÉN ES MADAME POINCARÉ

La señora de M. Poincaré, el actual presidente de la República francesa, es alta, morena y muy graciosa. Como por ahí se han publicado ya varios retratos suyos, nosotros no caeremos en la vulgaridad de repetirle. Pero vamos, sí, á decir algo que no se ha dicho todavía.

M. Poincaré y madame Poincaré se conocieron hace muchos años en el barrio Latino. El era entonces estudiante; ella era una gentil *merodeadora*. Se conocieron, simpatizaron y fueron amantes algún tiempo. Después, rotas sus relaciones, ella se casó como Dios manda con un alemán muy viejo y muy rico, que murió pasados siete años, queriéndola mucho y dejándola toda su fortuna.

Los hermanos, primos, sobrinos y demás parientes del viejo alemán, creyéndose con mejor derecho que la viuda, la disputaron la fortuna. Ella acudió entonces á M. Poincaré, ya abogado famoso, y el actual presidente de la República francesa la defendió en un reñido pleito, que al cabo ganó.

Reanudadas así sus relaciones, poco tiempo más tarde los viejos amantes se casaron.

¿Tiene todo esto algo de extraño? En España asombrará, seguramente; en Francia, no.

Y no debe asombrar, después de todo, porque es humano... y razonable.

La pitonisa de la calle del Oso

MADAME THEBES, la famosa pitonisa parisien, tiene en Madrid una terrible competidora; lo hemos sabido el otro día por una casualidad y con motivo de lo más prosáico que pueden ustedes imaginarse.

A una señora que, según afirman los reporters de sucesos, estaba comprando un repollo en las inmediaciones de la Plaza de la Cebada, le sustrajeron del bolsillo un pápiro de diez *mosquitos*, y para averiguar quién era el autor del hurto le aconsejaron que fuese á la calle del Oso donde vive una sibila que lo averigua todo, hasta la edad de la Pino.

De donde resulta que por un cándido repollo, se viene en averiguación de la existencia de un ser casi sobrenatural. Siempre los grandes descubrimientos se deben á causas nimias. De ahora en adelante, ya no solo sirve el repollo para el cocido y para producir determinada clase de picores, según el dicho popular afirma, sino que en la hoja de servicios á la Humanidad de esa respetable hortaliza habrá de figurar ese mérito.

Nosotros somos así, modestos hasta la exageración. Madame Thebes, habita en una suntuosa morada de los grandes boulevares de la gran urbe, y nuestra pitonisa local se conforma con estar domiciliada en la *rue del Oso*, según se va por la ciberca del Rastro, y seguramente ocupará una modestísima vivienda de las que están exceptuadas del impuesto de inquilinato.

Pues, á pesar de esto, y según la afirmación de los precitados reporters, nuestra Thebes, que probablemente se llamará la *señá Udosisia*, ha invocado los espíritus, quemando en las brasas la cresta de un gallo y el rabo de un mono, sazonzando el guiso con unos polvos misteriosos y el oráculo le ha dicho que el billete fué sustraído por un sujeto de determinadas señas personales, que renunciamos á transcribir para evitarnos rectificaciones más ó menos justificadas, porque á lo mejor resulta que coinciden con las de un diputado de la mayoría, lo cual es una enormidad.

Esta facultad será aprovechada por muchas personas para ir á consultar cosas íntimas y de difícil averiguación, que seguramente les serán reveladas por la pitonisa.

Los empresarios de casi todos los tea-

tros irán á preguntarle hacia qué mes entrarán en taquilla arriba de cuatro pesetas diarias.

Varias tipples del género ínfimo acudirán á lo de la cresta, el rabo y los polvos, al solo objeto de indagar si les surgirá un protector que las saque de ese aperreo constante de hacer locuras con la región abdominal y sus contornos.

Cierva y Maura se presentarán de incóg-



—Estoy indignadísima con mi doncella. Al bajar del auto he oído decir: «Las ligas de esa señora no hacen juego con el *sprit*.»

—Ya, ya, ¡tiene una que estar en todo!

nito, á que el oráculo les diga, si su destierro durará hasta la Pascua ó hasta la Navidad.

Romanones aparecerá disfrazado de héroe de Cascorro, fingiéndose vecino pétreo de la sibila, para que los guardias no le descubran y se enteren de que anda en malos pasos (cosa muy natural en los guardias que son los últimos en enterarse de todo). Tratará de indagar si ha de se-

guir rápidamente la racha de fallecimientos, más ó menos naturales, con lo cual se hará el amo absoluto del cotarro liberal.

Maridos escamados comparecerán para informarse por qué sus esposas al soñar, cuan están en el conyugal lecho, invocando nombres de amigos íntimos de la casa.

Ruíz Jiménez surgirá para interrogar al destino, cuándo se arreglará el adoquina-

años se habrá redondeado como cualquier concejal de la clase de vivos.

¡Y, arriba el repollo!

LA DECLARACION ⁽¹⁾

CRISANTO, piensa bien que dentro de poco vas á estar en la presencia de Dios.

—¡No me lo hará usted buenol

—No te lo hogo bueno, es verdad, porque no estás haciendo buena confesión.

—¿Por qué m'ice usted eso?

El cura.—Porque yo sé que tú fuiste el que me robó los dos jamones que tenía colgados á la ventana.

—¿Quién l'a dicho?

—Yo lo sé. O lo confiesas ó no te doy la absolución.

(La tía Jacinta, desde la cocina).—¡Miá que vas á ir al infierno, y con el tiempo que hace vas á sudar mostillo!

—Déjeme usted á mí, madre, que diquiá que me muera, todavía no m'hi muerto; lo que qu'es que en este pueblo le dan á uno la unción en cuanto le salen sabañones.

—El mádico ha dicho que estás muy malico.

—Pior está él, que paice un arguellao y no hace más que tosér, y no se be curase.

El cura.—Vaya, yo me voy; ahí te quedas.

La tía Jacinta.—¿Y se va á morir como un perro?

—¿Pues no ve usted que no confiesa de buena fe?

—¡Tenga usted cuidao con lo que dice.

—Te digo que yo sé de seguro que te llevaste los dos jamones, que convidaste á tus amigos y os reísteis de mí. Yo no he dicho nada y lo he perdonado; pero á la hora de la muerte hay que confesarlo todo, y tú te aguantas.

La tía Jacinta.—¡Bien charraol

El cura.—Conque... ahí te dejo entregado á tus remordimientos.

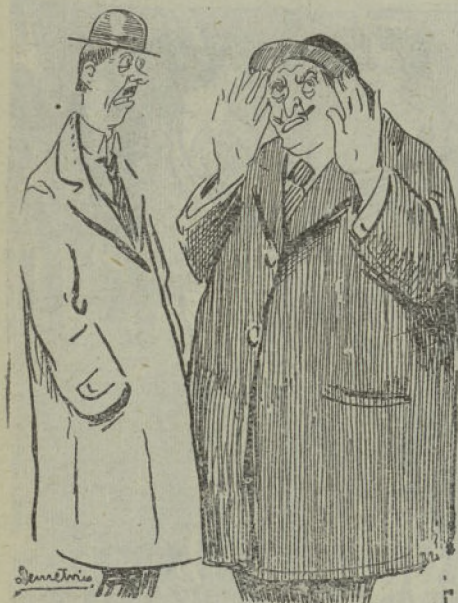
—Aguarde usted un poco.

(El cura vuelve desde la puerta).—¿Qué quieres?

—¿No vale mentir?

—No vale mentir.

—Bueno, pues yo fui. Aun tengo unos piacicos del último jamón, ¿los quiústé?



El uno.—Estás de un humor de los demonios; ¿qué te pasa?

El otro.—¡Pero si es para volverme loco! Por un lado, mi sugra cada vez más fuerte y mi mujer dando á luz por otro.

do de Madrid, y ya que está allí, enterarse de paso hacia qué crisis le lloverá una cartera.

Amalio Jimeno entrará buceando para interrogar á la profetiza, si sabe por qué extraño sortilegio le han hecho á él ministro de Marina, porque él de mar no sabe más que el «Vals de las olas» y el «¡Ola, ¿cómo está usted?»

Con toda esta clientela, la maga descubierta en la calle del Oso, merced á la adquisición de un repollo y la pérdida de un billete de cincuenta liras, antes de dos

(1) Cuento inédito de Eusebio Blasco.

—No, muchas gracias. Lo que quiero y te mando es otra cosa.

—¿Qué?

—Que si te pones bueno, has de ir el primer domingo que salgas, á la iglesia, y desde el púlpito le has de decir al pueblo: «Yo fui el que le robé los jamones al señor cura; lo digo para que no pierda nadie».

—¿Eso quiústé?

—Sí.

—Pues no hay más que hablar. Echeme usted la bendición, porque tengo unos revoltillos en la tripa que paice que m'hi traigan un fardacho.

(Crisanto confiesa, al día siguiente le dan el Viático y á los ocho días está bueno.)

El cura viene á verle cuando todavía no ha salido á la calle.

—Hola, Crisanto.

—Salú, don Manuel.

—¿Cuándo ha dicho el médico que podrá salir á la calle?

—El domingo por la mañana si hace sol, porque si está nublado como hoy, no salgo.

—Bueno, pues ya sabes lo que me tienes prometido.

—Sí, señor, sí; pero eso no se hace con dengún cristiano, avergonzálo delante e la gente.

—Pues no hay más remedio, porque el hombre que no tiene palabra es un hombre despreciable.

—¿De modo que no hay más remedio?

—Tú verás.

—Vaya usted descansao, que desde el púlpito diré la verdad.

—Dios te lo pague.

Llega el domingo. Crisanto se lava y se peina y se viste de limpio. Son las once de la mañana y todo el pueblo está en la iglesia.

Crisanto sube al púlpito, y cuando el cura acaba de decir *Orate frates*, grita:

—¡Vecinos!

(Grande asombro en la concurrencia. El cura le contempla sonriendo bonachonamente, satisfecho del triunfo que alcanza sobre el pobre Crisanto.)

—¡Vecinos de este pueblo! Oir lo que sus voy á icir, que á todos us conviene. Me ha dicho el señor cura que sabe de qué son todos los refajos de las mujeres del pueblo, y cómo de gordas las pantorrillas ende las rodillas p'arriba!

El cura, volviéndose furios:

—¡Mentira!

—¡Y me ha dicho que toos los hombres casaos de este pueblo se puén lidiar en la plaza e Zaragoza.

—¡Embustero! ¡Calumniador! ¡No le ha-gais caso!

Crisanto se baja corriendo mientras los vecinos la emprenden á palos con el cura, y grita desde la puerta:

—¿Pues qué t'habías figurao, morros de uva, que iba á predicar en prejuicio mío? ¡Toma diclaraciones!

Eusebio Blasco.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA
Paseo de las Delicias, 00.—1 teléfono, 1843

Lea usted en EL LIBRO POPULAR

POR 20 CENTIMOS CADA UNA

LAS SIGUIENTES NOVELAS RECIEN PUBLICADAS:

EL HAMPÓN, por Joaquín Dicenta.

EL MILAGRO, por V. Blasco Ibáñez.

EL RETORNO, por Antonio de Hoyos.

FLÉRIDA, por Cristobal de Castro.

¿Por qué sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres periodos, el

**Reuma, Artritis,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA y VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL y GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS